

UNA COMUNA EN RUINAS

"De 1950 a 1970, una silenciosa legión de 79.444 segovianos se han marchado de esta provincia; han abandonado las antiguas aldeas donde habían nacido, donde tenían sus raíces; aldeas que se habían quedado demasiado viejas, demasiado pobres, demasiado tristes".

(Manuel González Herrero, Segovia: Pueblo, ciudad y tierra, 1971.)

DE las cinco comarcas que integran la tierra segoviana (1), es la de Riaza la más afectada por el éxodo. En los últimos veinte años ha perdido casi la mitad de sus habitantes. En 1970, su densidad de población había descendido a 10 habitantes por kilómetro cuadrado. Y suponemos, después de viajar por esa zona, que hoy esta cifra se encuentra ya sensiblemente mermada. "Exigua demografía que precede al desierto — escribe el citado autor—. Areas extensas, principalmente en el Este de la provincia, partidos de Riaza y Sepúlveda, se están rápidamente desertizando. El despoblamiento y la ruina son totales o casi totales en muchas localidades. En otras, los grupos humanos están demográficamente dislocados; se ha roto la continuidad de las generaciones; no hay niños, no hay hombres jóvenes; sólo viejos cansados, tristes, desconcertados. Estas comunidades, inevitablemente ya, en la circunstancia sociológica y económica actual, están heridas de muerte" (2).

La comarca de Riaza, en el rincón Sudeste de la provincia, es un bello país de tierras bermellón en torno a su capital, la clara villa de Riaza. Tiene ésta anchos balcones y soportales, algunas casas solariegas, una torre renacentista y una Piedad de gran vigor atribuida por algunos a Juan de Juni y por otros a Gregorio Fernández. La antigua importancia de la villa estaba basada, según dicen, en la industria pañera.

Los cercanos canchales de la cordillera cierran esta tierra por el Sur. Hacia el Este, a lo lejos, se levantan los alcores blancos de la provincia de Soria. Aquí y allá brillan los arroyos que descienden de la nieve de arriba. Como una cicatriz roja entre el robledal, se divisa desde los oteros la cinta de pistras vivas que con el nombre de carretera ha prolongado durante años, y prolonga aún, la incomunicación de estos pueblos. Muchos

labrantíos están abandonados. Hay pastizales abiertos y otros engullidos ya por Icona. Y junto al pueblito de Riofrio se extiende, mientras el asedio por oferta de compra de las urbanizadoras no lo transforme en "para amantes de la naturaleza" de cartelón-fantoché a la puerta de empujorotados apartamentos, la mancha homogénea

quinas, trebejos comidos de orin. Hay esa cosa general, rota o estancada, que uno puede percibir, por ejemplo, en "El Astillero" de Onetti. Pero este hombre que sale del galpón, donde mugen unas vacas, es mucho más real: un solitario de Segovia de cara amasada por la tenacidad. Viene sin afeitar. Tiene gafas, como si en un tiempo de

papel. El lector debe saber, no obstante, que mide 1,80 metros de estatura, aproximadamente; gasta una chaqueta a cuadros manchada de estiércol y lleva en el bolsillo de arriba un bolígrafo azul, para las cuentas.

—Las cuentas son que tengo mi vida y mi trabajo hipotecados por los Bancos. Las cuentas son lo que debo. Porque la comuna ahora soy yo. O dicho de otra manera: yo soy lo que queda de la comuna.

—¿Y los otros?

—Eramos nueve, entre hombres y mujeres. Han ido abandonando la partida. A los dos últimos tuve que relevarlos de su compromiso yo mismo. Era enojoso verlos aguantar mientras su deseo iba ya por otro sitio. Se necesita un grado de militancia bastante duro para seguir adelante. ¿Pero a quién le interesa, de verdad, mi historia?

—No sé. A alguien, quizá. Y detrás de usted, o al lado, está la tierra. Dígame: ¿qué pasa con el sentido de asociación del hombre castellano?

—¿Qué pasa con eso, qué pasa con los créditos y con los imprescindibles avales, mucho más cuantiosos que los créditos, y qué con el juego de precios y productos a que nos someten los países más fuertes, especialmente Norteamérica, sin que nos ampare nadie? ¿Y dónde está ya el castellano del campo como grupo humano? Búsquelo en Madrid, Barcelona y el País Vasco; o en Alemania y en Suiza. En esta sociedad capitalista pasa lo que tiene que pasar.

Pedro F. Cocero

del hayedo más meridional de Europa.

Junto a una de esas aldeas coloradas nació hace ocho años una comuna agropecuaria. Dicen que alentó luego con angustia. Dicen, finalmente, que quizá está ya asfixiada. Los dos últimos aldeanos son Genoveva, viuda de Arribas, y su hijo soltero; los otros tres hermanos Arribas se fueron a trabajar a Madrid, a la calle del Plomo, y por una de esas coincidencias que brincan en los viajes, son los obreros que imprimen las portadas de TRIUNFO y de otras varias revistas. Ni Genoveva ni su hijo, solos sobre su tierra encarnada, tienen nada que ver con esa comuna. Se encuentra ésta a dos kilómetros más allá, luego de unos campos abandonados por donde vuelan esos pájaros pientes que se llaman "escribanos" y que los pastores dicen "escribantías".

Hay un utilitario desguzado. Y, diseminados aquí y allí, sobre la yerba, muñones de aperos y má-

trás se hubiese dedicado a los libros.

Lo primero que me pasa con él es que voy a escuchar sus invectivas, templadas por el sarcasmo, contra varias especies de sujetos: los diletantes, aconsejadores desde el puente sobre lo que uno debe hacer con las manos cuando se está ahogando en el remolino de abajo; los nuevas olas, marxistas o marxianos de confrontación de tertulia, que quieren meter sus narices, pero no sus brazos, donde no hay marxismo ni Marx que lo fundó, sino tan sólo un olor a vacas y un cariño desesperado por la tierra; los escribanos, y no le gusta señalar —yo diría los "escribantías", remedando a los pastores—, que desean publicar apenas llegan esta tarde, con ese ejemplar desconocimiento de lo que está sucediendo aquí desde siglos. Así, pues, si tengo que nombrarlo lo haré mediante una inicial, como en algunos apólogos de B. Brecht, o como si se tratara de un hombre de



Genoveva, viuda de Arribas, y su hijo soltero son los últimos habitantes de la aldea más cercana a la comuna.

(1) La provincia de Segovia tiene una extensión territorial de 6.947 kilómetros cuadrados.

(2) Manuel González Herrero, Historia jurídica y social de Segovia, 1974.



Plaza Mayor de Riaza.

—¿Cómo fue el asunto de su comuna rural?

—Nos perecemos por exceso de picho y escasez de acción. Le diré cuatro cosas, a sabiendas de que por ahí interesan más las noticias sobre los hechos que los hechos mismos. Teníamos doscientas sesenta hectáreas. Quedan sesenta, y éstas en arriendo. Las otras doscientas las vendimos para hacer frente a las deudas más acuciantes. Una inmobiliaria se las llevó. Y en seguida alumbraron dentro de sus doscientas hectáreas un manantial de veinticinco litros por segundo y otro de doce. Lo triste es que sabíamos que íbamos a venderles también el agua. La "comuna" que soy yo cultivaba ahora alfalfa y tiene esa vaquería de cuarenta y tantas reses. Mi saldo en contra no se lo diré. Trabajo no sé cuántas horas del día y de la noche. Por esa puerta que se ve ahí se entraba a la vivienda que hicimos para todos. Ahí vivíamos compartiendo el trabajo, los riesgos, los proyectos, la propiedad y la comida.

—Y ahora la casa está vacía.

—Y ahora ya está explicado todo.

¿Tuvimos algunos fallos técnicos, además del cerco de las viejas cosas que pasan? No lo sé.

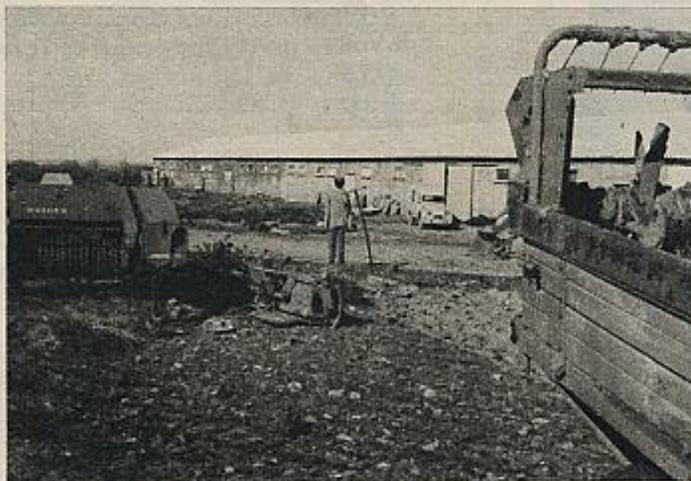
Parece que quienes lo acompañaron en este intento comunitario fueron obreros y obreras de la OAC. Por su parte, F. fue hombre de estudios y ahora es hombre de praxis. Cuatro personas me han hablado con anterioridad de él. Las cuatro coinciden en ponderar el tesón de este hombre. Dos de ellas acusan a F. de "personalismo". Las otras dos sugieren algo distinto: suele tildarse de "personalismo" a un grado extremo de militancia que resulta incómodo seguir o acatar. Como dato, apunto simplemente que detrás de F. han quedado en la misma Segovia, y ya funcionando normalmente sin él, obras cooperativas que él fundó.

Mis deseos de conocer más datos sobre la historia de esa comuna rural se estrellan contra su herme-

tismo. No escatima, en cambio, sus comentarios lentos y meditativos en torno a la muerte del campo en Castilla. En un momento dado se me ocurre preguntar algo acerca del "enraizamiento del campesino en su tierra".

—No existe enraizamiento alguno —dice ásperamente—; el campesino ya fue desarraigado por nuestra peculiar sociedad capitalista. Encuentro que el proceso de desarraigo aquí ya se ha cumplido.

Madrid. Parece que cada titulado se ha planteado seriamente su triunfo en la vida y ante sí mismo como una meta lo más cercana posible a la Puerta del Sol. Su ejemplo ha sido nefasto para los pueblos. En las instituciones mismas —la Iglesia, la Sanidad, el Magisterio, etcétera— estaba impreso el "sentido de escalafón" como parejo al número de habitantes en torno y a los metros cúbicos de asfalto. El absentismo ha sido muy complejo.



La comuna. De sus 260 hectáreas hoy sólo quedan 60 y en arriendo. Las otras se vendieron para afrontar las deudas más acuciantes.

—Explíqueme algo de ese proceso.

—Hay que considerar con toda claridad la falta de fe del campesino en sí mismo. Nadie se ha preocupado de devolverle al hombre del campo esa fe, sino, por el contrario, de arrebatarla más y más. De la culpa no se libran los curas, los maestros, los médicos, los otros funcionarios. Esos hombres llegaban al pueblo con el decidido propósito de irse lo antes posible a otro más grande, a la capital de la provincia, a una capital mayor, a

Un desastre. No sólo hay que mirar los precios pagados al productor, la secular y tristísima ausencia de servicios, la demanda de brazos para la industria. No sólo hay que mirar eso. El campesino se ha visto a sí propio como el paria de la sociedad. Hay cosas que entran de lleno en el aspecto psicológico, incluso. La imagen de sí mismo que al campesino se le ha puesto delante de su ojos ha sido no sólo desalentadora, sino también destructiva. ¿Quién ha respetado y estimado al campesino? Recuerde,

por ejemplo, en lo anecdótico, las caricaturas, las mofas y las deformaciones de que ha sido objeto en la televisión, en los humoristas baratos, etcétera. Para eso no ha habido censura alguna. "Aquí el que sabe, se va —se ha dicho el hombre rural—. Yo soy ese tío del que todos se ríen. Me enseñan que soy infimo. No me gusto. Quiero borrararme. Quiero dejar de ser, convertirse en otro".

—Eso es grave.

—Claro que lo es. Es el último grado del proceso. El principio de ese desencadenamiento —aunque haya otras causas que estudiar aún antes— hay que buscarlo concretamente en tiempos de Mendizábal. Porque cuando se consuma la desamortización algo entra en el ánimo del campesino: la comezón de fraccionar lo indiviso en lotes de propiedad individual. Es un momento muy serio, va a significar la pérdida del sentido "comunal" —aunque persistan algunas figuras— y con ella también la falta de fe del campesino en sí mismo como parte de un grupo humano fundamental. La propiedad tenderá a concentrarse en manos de los avisados, quizá de los usureros que montan su sistema particular crediticio.

"En los últimos años —prosigue luego F.— hemos visto la desaparición del vaquero, del muletero, del porquero, del yegadero, etcétera. Eran, a un tiempo, lo infimo del lugar y unos grandes personajes. Guardaban, por junto, las reses de todos los otros. Quizá le parezca a usted irrisorio, pero al desaparecer ellos se llevan una expresión y un hábito muy importantes de lo comunal.

—¿Qué perspectivas ve usted? —pregunto después de una pausa.

Mira en torno y va contestando con lentitud.

—El campesino, irremediablemente, está llamado a desaparecer como propietario en un sistema capitalista como éste.

—¿Por qué?

—Son varias las razones y están imbricadas unas en otras. Quizá me deje algunas, pues una simple conversación no es un estudio. Escuche. Lo que produce el campesino no es competitivo: es sólo rentable a largo plazo, está sujeto a un ritmo natural, puesto que es naturaleza. Y hoy el dinero tiene una prisa enorme, una prisa que desprecia el ritmo natural en que está inserto el campesino. Los plazos de los créditos son muy cortos, de cinco a diez años, cuando debieran ser de veinte y más años. Los avales son imprescindibles. Los avales pueden ser un escollo, y a veces están en proporción de uno a ocho en relación con los préstamos. Las ayudas se muestran un tanto ficticias. Quien tiene dinero no invierte en el campo. Quien tiene dinero en esta provincia invierte en empresas no rurales en las provincias ricas. Los mismos instrumentos bancarios de Segovia rewerten su riqueza, producida por el ahorro del campesino segoviano, en empresas ricas de las provincias del Norte. Los productos del campo no pueden experimentar gran alza; son de primera necesidad, sería un atentado contra la sociedad. Eso sí:

**En 1975,
Amsterdam
es una continua fiesta. ¡No se la pierda!
KLM se la facilita.**



En 1975, año de su 700 cumpleaños, Amsterdam luce como nunca: se adorna con miles de flores, con cientos de gallardetes; resplandece de luces y guirnaldas: organillos, carrillones, bandas de tambores y charangas, y hasta la Filarmónica de Amsterdam, llenan de música sus calles... Hay alegría hasta en el aire.

Pues bien, KLM no quiere que nos perdamos este acontecimiento. Y, a precios muy especiales, pone todo a nuestro alcance: los incontables festejos, las numerosas exposiciones, el mundialmente famoso Festival de Holanda, exaltación de la música, el drama, el arte, la danza y las más discutidas películas, la fiesta anual del color de los campos de tulipanes, las galas deportivas de todo tipo, las competiciones de remo, las carreras de galgos, la espectacular regata de barcos de vela del siglo XVII...

En fin, ¿para qué seguir? Son tantos y tan diversos los acontecimientos que preparan esos sorprendentes holandeses que es imposible mencionarlos todos. Lo que sí le puedo mencionar es que KLM ha organizado unos Tours especiales en hoteles de 1.ª clase o de lujo, con una duración de, o bien una semana (8 días y 7 noches) con salidas desde Madrid, Barcelona, Málaga y Palma de Mallorca, o bien un "fin de semana" (3 días y 2 noches) sólo desde Madrid y Barcelona. Y, asómbrese, sus precios totales de 17.650 y 11.900 ptas. ¡se pueden abonar hasta en 18 meses, a razón de 1.050 y 630 ptas. mensuales respectivamente!

¿Por qué no se pone en contacto con su Agencia de Viajes o con el Departamento de Tours de KLM, Avda. José Antonio, 55, tel. 242 41 41, Madrid-13.



Por favor, envíenme más información sobre los Tours a Amsterdam

Nombre _____

Dirección _____

Envíe este cupón a:

KLM, Dpto. Tours, Avda. José Antonio, 55 - Madrid-13



TRIUNFO 26-7-1975

KLM
HOLANDA

"la confiable línea aérea de esos sorprendentes holandeses"

RIAZA

el intermediario está en unas condiciones mucho más cómodas en cuanto al incremento y seguridad de sus beneficios. El campesino no podrá defenderse en ese terreno mientras no comercialice sus propios productos, es decir, mientras no exista un cooperativismo. Pero esto no es posible, ya no es posible el cooperativismo aquí. No ha habido ayuda material ni moral para ello, y ahora no hay entidad humana.

Miro alrededor. Los fantasmas de la "reforma agraria" que nunca existió quizá se acercan por las noches a curiosear con su mueca los proyectos coyunturales de las inmobiliarias.

—El campesino —prosigue F.— también es juguete de los poderes de fuera. Norteamérica, como todos sabemos, es también exportador de sus problemas de índole capitalista para librarse de ellos en cabeza ajena. Nuestro campesino puede pagar los platos rotos. Veá, por ejemplo, lo que pasa con la soja, y quien dice soja dice otros productos. Ellos son grandísimos productores, con excedentes. Primer acto: nos meten el producto barato, no podemos competir, nos ponemos a comprarlo y no lo producimos. Ellos tienen un gran "stock". Segundo acto: ellos suben los precios a su antojo, el campesino se pone entonces a producir. Ellos siempre tienen su "stock". Acto tercero: ellos abaratan y meten el producto; el campesino nuestro, desconcertado, pierde lo que ha producido. Y así sucesivamente, en un círculo. Bonito, ¿no?

—¿Qué soluciones entrevé usted para que el hombre del campo perdure como tal?

—Ninguna en este sistema. Será más lógico hablar de la salida irremediable que esto tiene. El capital absorberá el campo a escala empresarial. Encontraremos grandes extensiones acotadas. El campesino-propietario-de-su-tierra se habrá trocado en el estamento proletario, asalariado, de las grandes empresas que explotarán la tierra. Ese hombre será al principio

jornalero eventual y más tarde jornalero fijo, con todos sus seguros, etcétera. Trabajaré para el "gigantismo" y entonces llegará a estructurarse en una clase obrera dentro del juego del capital y trabajo. Naturalmente, desaparecen las tradiciones, las manifestaciones de la cultura popular autóctona, etcétera, todo lo que usted se imagina. El hombre ya no tiene esa comunicación con su tierra, sencillamente porque ésta ya no es suya, está desvinculado.

—Antes no comprendí bien la imposibilidad del cooperativismo a que usted aludió.

—Es fácil. Dados los problemas de entrada con que tropieza el intento cooperativista, y a través de esos mismos problemas y de la posible demanda de otras fuerzas dinerarias para superarlos y de su interacción, la cooperativa pronto desembocaría en la estructura empresarial a que acabo de referirme. Ya no sería una cooperativa.

Nos quedamos mirando la cosa general, rota, desperdigada alrededor del establo donde mugen las vacas deudoras de los Bancos.

—¿Tuvo ayudas técnicas? —pregunto.

—¡Oh, nada de eso! Tuve cercos.

Al escribano de estos folios le parece en ese momento demasiado consolador ponerse a hablar el lenguaje de cualquier tipo de determinismo. Son, quizá, abstracciones que no sirven para los pies concretos que pisan los surcos. Mientras, F. va desgranando otras palabras:

—En resumen: la salida será como queda dicho, no hay más.

"Pero el espíritu —añade inopinadamente— clama contra eso porque no le satisface. El hombre necesita revisar el montaje de esta sociedad, que está enferma. Para cuando esto ocurra, para aviso de nuestro hijos —no los de la carne, que están demasiado cerca, sino los de otras generaciones—, nos gustaría estar allí presentes, con nuestro testimonio mantenido por la acción. De ahí que algunos pensamos afanosamente en las comunas rurales. ■ P. F. COCERO.



El cooperativismo no ha sido posible en la comuna de Ríaza. No hubo ayuda material y moral. Ahora no hay entidad humana.



Editorial ARIEL

LAS ULTIMAS NOVEDADES

ESPAÑA HEROICA. DIEZ BOCETOS DE LA GUERRA ESPAÑOLA

Del general Vicente Rojo. 186 páginas. 225 pesetas.

EL FRACASO DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL EN ESPAÑA. 1814-1913

De Jordi Nadal. 316 páginas. 380 pesetas.

TREINTA MESES DE COLECTIVISMO EN CATALUÑA

De Albert Pérez Baró. 243 páginas. 350 pesetas.

ANARCOSINDICALISMO Y REVOLUCION EN ESPAÑA. 1930-1937

De John Brademas. 295 páginas. 300 pesetas.

LAS BRIGADAS INTERNACIONALES EN LA GUERRA DE ESPAÑA

De Andrés Castell. 685 páginas. 650 pesetas.

AGRICULTURA, COMERCIO COLONIAL Y CRECIMIENTO ECONOMICO EN LA ESPAÑA CONTEMPORANEA

De Jordi Nadal y Gabriel Tortella. 372 páginas. 450 pesetas.

CRECIMIENTO Y DESARROLLO (2.ª edición)

De Pierre Vilari. 422 páginas. 400 pesetas.

SOBRE ESCLAVOS, RECLUTAS Y MERCADERES DE QUINTOS

De María Sales. 280 páginas. 190 pesetas.

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

Edición a cargo de R. O. Jones. Seis tomos.

HISTORIA DE LA FILOSOFIA

De Frederick Copleston. Seis tomos aparecidos.



SEIX BARRAL

LAS ULTIMAS NOVEDADES

LA ARBOLEDA PERDIDA. MEMORIAS

De Rafael Alberti. 338 páginas. 325 pesetas.

CONFESIO QUE HE VIVIDO. MEMORIAS

De Pablo Neruda. 511 páginas. 330 pesetas.

TIEMPO DE DESTRUCCION

De Luis Martín Santos. 510 páginas. 450 pesetas.

VISTA DEL AMANECER EN EL TROPICO

De Guillermo Cabrera Infante. 240 páginas. 190 pesetas.

LA CONDICION HUMANA

De Hannah Arendt. 432 páginas. 400 pesetas.

EL MONO GRAMATICO

De Octavio Paz. 143 páginas. 225 pesetas.

ESTRUCTURA DE LA LIRICA MODERNA

De Hugo Friedrich. 398 páginas. 325 pesetas.

CANTICO (edición definitiva)

De Jorge Guillén. 543 páginas. 350 pesetas.

CAMBIO DE PIEL (Premio Biblioteca Breve 1967)

De Carlos Fuentes. 503 páginas. 330 pesetas.

EL FORMALISMO RUSO

De Victor Erlich. 452 páginas. 490 pesetas.

LA VERDAD SOBRE EL CASO SAVOLTA

De Eduardo Mendoza. 463 páginas. 450 pesetas.

SOLICITE CATALOGO E INFORMACION EN HERMANOS ALVAREZ QUINTE-RO, 2. MADRID-4, PROVENZA, 219. BARCELONA-8